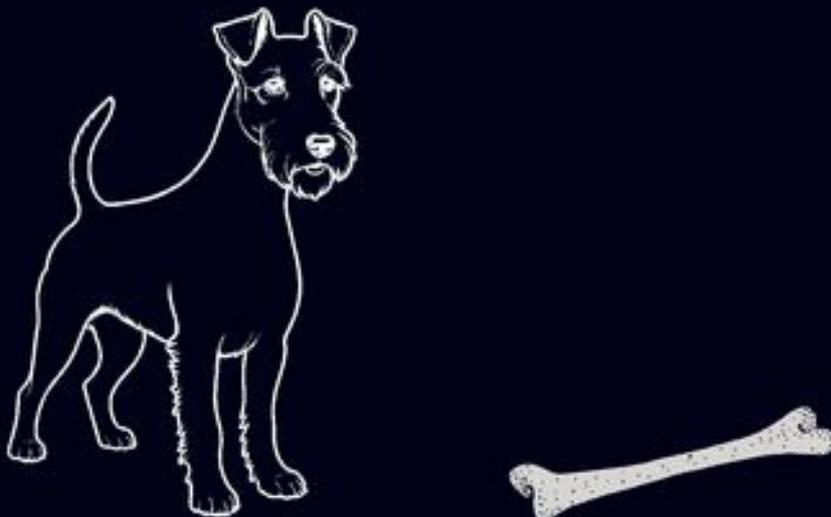


La Comédiathèque

Un esqueleto en el armario

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Un esqueleto en el armario

Jean-Pierre Martinez

Alberto y Victoria están a punto de vender su casa a unos amigos, antes de partir al extranjero para comenzar una nueva vida. Pero justo después de firmar la promesa, los futuros propietarios descubren que hay... un esqueleto en el armario.

Personajes :

Alberto

Victoria

Juan

Cristina

© La Comédiathèque

El salón de un chalet, solo amueblado con algunas cajas de mudanza. La habitación da a un jardín (lado de la sala). Victoria llega con una caja de tamaño mediano, bajo cuyo peso parece derrumbarse. La coloca en el suelo con dificultad y deja escapar un suspiro de alivio.

Victoria – Es amable de tu parte dejarme la cajita, pero ¿qué hay aquí? Pesa una tonelada...

Alberto llega con una caja enorme que parece muy ligera y la lleva sin esfuerzo.

Alberto – No lo sé... Debe estar marcado en la caja... Lo anoté todo para que podamos encontrar nuestras cosas cuando tengamos que desempacar...

Victoria mira la caja.

Victoria (*leyendo*) – Platos... Ah, claro... Es el servicio de loza que nos regaló tu madre cuando nos casamos. Nunca lo hemos usado, por cierto...

Alberto – Un servicio de 24 piezas de loza... Hay que tener una familia numerosa...

Victoria – Estoy peleada con la mía... y de tu lado, todos están muertos o desaparecidos.

Alberto – Mmm...

Victoria – Tu madre debía imaginarnos con muchos hijos...

Alberto – Para nosotros dos, es un poco sobredimensionado, seguro... O hay que tener muchos amigos...

Alberto coloca sin esfuerzo su caja grande junto a la pequeña.

Victoria – Tal vez tengamos más oportunidades de usarlo allá... ¿Y en la tuya, qué hay?

Alberto finge descubrir lo que está escrito en su caja.

Alberto – Fundas de edredón.

Victoria – Ah, sí... Ocupa más espacio, pero es mucho menos pesado...

Alberto – Eran las dos últimas cajas.

Victoria – Vamos a dejar algunas aquí para poder sentarnos y tomar el aperitivo.

Alberto – Y sobre todo para firmar la promesa de venta... ¿A qué hora vienen?

Victoria – Deberían estar aquí ya... No deben tardar.

Alberto – Espero que no hayan cambiado de opinión...

Alberto se deja caer sobre una caja, luciendo exhausto.

Alberto – Estoy agotado.

Victoria – No tanto como yo...

Victoria se prepara para sentarse en otra caja.

Alberto – Espera... (*Mira la caja.*) No esa, es la tele...

Victoria se detiene.

Victoria – ¿Y crees que una tele no podría soportar mi peso?

Alberto – Es una pantalla plana...

Victoria pone una mano en su vientre, un poco preocupada.

Victoria – Mi vientre también es plano... Por ahora...

Alberto – Mejor siéntate aquí, son mis libros. No hay problema.

Victoria (*irónica*) – Gracias... (*Se sienta*) Es extraño estar aquí en medio de todas estas cajas... Saber que no volveremos a dormir nunca en esta casa...

Alberto – Mmm...

Victoria mira hacia el jardín.

Victoria – ¿Has visto? Las dalias están en flor.

Alberto – Mmm...

Victoria – Ni siquiera sabía que había dalias en el jardín.

Alberto – Había antes. Pensé que todas habían muerto...

Victoria – ¿No te hace sentir algo?

Alberto – ¿Qué? ¿Que las dalias están reviviendo?

Victoria – ¡Dejar esta casa! ¡Esta vida...

Alberto – ¿Te arrepientes?

Victoria – No, para nada! Pero hemos pasado buenos momentos aquí, ¿no?

Alberto – Sí...

Victoria – Disimula tu alegría...

Alberto se sienta en la misma caja que ella y la toma del hombro.

Alberto – Claro que sí... No me arrepiento ni un solo segundo de los años que pasamos juntos en esta casa. Pero bueno, creo que era hora de pasar a otra cosa...

Victoria – Lo sé...

Alberto – No tenemos hijos, ni perro, ni siquiera un pez dorado... No tenemos nada que nos retenga aquí.

Victoria – Yo también estoy muy feliz de empezar una nueva vida... Contigo...

Alberto – Es un poco como saltar al vacío, pero bueno. Con una cuerda elástica al menos...

Victoria – ¿Una cuerda elástica, crees?

Alberto – ¿Qué arriesgamos? Si realmente no nos gusta allá, siempre podemos volver.

Victoria – No tendremos más casa...

Alberto – ¡Compraremos otra! O un apartamento. De todas formas, esta casa era demasiado grande para los dos.

Victoria – Teníamos un jardín... Tan cerca de la capital, es raro...

Alberto – ¡Nunca poníamos un pie en el jardín! Una terraza nos bastaría.

Victoria – Es verdad que no tenemos buena mano para las plantas...

Alberto – Cada vez que intentamos plantar algo en ese jardín, se moría...

Victoria – Pero las dalias resucitaron de repente...

Alberto – ¡Ah no! No me digas que es un milagro. ¿El signo que Dios nos envía para indicarnos que preferiría que nos quedáramos aquí?

Victoria – Tienes razón, si no nos movemos ahora, nunca lo haremos.

Alberto – Y ya no soportaba esta casa... Está demasiado cargada de recuerdos.

Victoria – ¿Recuerdos?

Alberto – Hablo de mi familia... Y no son todos buenos recuerdos, créeme...

Victoria – Lo entiendo...

Alberto – Y aun así... Buenos o malos, no se puede vivir permanentemente con recuerdos... Es mortífero. Mis abuelos ya vivían aquí. Yo pasé toda mi infancia en esta casa antes de heredarla. Prácticamente nací en esta casa. Preferiría no morir aquí, ¿entiendes?

Victoria – Este cambio nos dará un nuevo impulso... A los dos.

El móvil de Victoria suena. Ella mira la pantalla pero no contesta.

Alberto – ¿No contestas? Podrían ser ellos...

Victoria – Es un número oculto, debe ser publicidad. Desde que cancelamos nuestra suscripción a Netflix, no paran de acosarme... ¿A ti no?

Alberto – No.

Pareciendo un poco incómoda, Victoria se levanta.

Victoria – Bueno, hay que preparar un poco este aperitivo... Voy a ver qué hay en la cocina...

Alberto – ¿Necesitas ayuda?

Victoria – No, no, no hace falta. Puse una botella de vino blanco en la nevera y nos queda un poco de licor de grosella negra...

Ella se va.

Alberto – OK.

Alberto saca su móvil para revisar sus mensajes.

Victoria (*fuera de escena*) – Sin embargo, no pensé en dejar un sacacorchos para abrir la botella de vino blanco...

Alberto (*sin apartar la vista de su pantalla*) – No importa, siempre podemos beber el licor...

Victoria (*fuera de escena*) – No, en serio... ¡Busca un poco! Los invité para el aperitivo, no para el digestivo...

Alberto – ¡No sé dónde está ese sacacorchos!

Victoria (*fuera de escena*) – ¿Quieres que firmen esta promesa de venta, sí o no?

Alberto abandona a regañadientes su móvil.

Alberto – Está bien, voy a buscar...

Va directamente a la caja correcta. La abre y saca un sacacorchos que muestra a Victoria, que regresa de la cocina con una bandeja con todo lo necesario para el aperitivo.

Victoria – ¡Bravo! Puedes abrir la botella de vino blanco...

Alberto – ¿No esperamos a que lleguen?

Victoria – Descorcha la botella, te digo, eso los hará venir.

Alberto descorcha la botella.

Alberto – ¿No habían dicho que vendrían un poco antes para ayudarnos con la mudanza?

Victoria – Deben haber tenido un contratiempo...

Alberto – No han hecho nada, pero aún así tenemos que ofrecerles el aperitivo...

Victoria – Nos están comprando la casa... Hay que hacer bien las cosas...

Alberto – ¿Ella es profesora de qué, ya?

Victoria – ¿Cristina? Profesora de gimnasia.

Alberto – Ah, sí, me lo imaginaba...

Victoria – ¿Qué?

Alberto – No, no, me... Me preguntaba qué podría enseñar... (*Victoria prefiere no responder*) ¿Y Juan? Sé que es comercial, pero no recuerdo qué vende.

Victoria – Trabaja en Gillette, creo... Vende afeitadoras.

Alberto – Ah... Entiendo...

Victoria – ¿Entiendes qué?

Alberto – ¡Por qué es tan aburrido!

Victoria – Si al menos pudieras ser un poco amable... Tengo la impresión de que inconscientemente no quieres vender esta casa familiar...

Alberto – Haré un esfuerzo, te lo prometo...

Victoria – Me temo lo peor...

Alberto – Al mismo tiempo, si nos compran esta casa, no es solo para hacernos un favor...

Victoria – Es un hecho que nos viene muy bien.

Alberto – Aún así... No están haciendo un mal negocio.

Victoria – ¿Crees que no les vendemos la casa a un precio lo suficientemente alto?

Alberto – Creo que podríamos haber sacado un poco más, sí.

Victoria – Teníamos prisa... Y además son amigos...

Alberto – Bueno, amigos... Cristina es solo una colega de trabajo, ¿no?

Victoria – Incluso a este precio, no hubo muchos compradores interesados.

Alberto – Sí... Es cierto que es más sencillo así...

Victoria – Solo es un aperitivo... El tiempo de firmar la promesa... Luego nos marchamos... De todos modos, no los veremos más...

Alberto – OK. Pero realmente me pregunto de qué podría hablar con él... No de literatura, en todo caso. Y como me interesa muy poco el fútbol, los perros y los coches...

Victoria – Solo tienes que hablar de política. Curiosamente, ahora es un tema muy consensuado: todo el mundo está en contra de la política del gobierno, aunque sea por razones totalmente opuestas.

Alberto – Finalmente, nuestro presidente habrá logrado la unión nacional... en su contra.

Se oye el timbre de la puerta.

Victoria – ¡Ah, ahí están!

Alberto – Ya era hora...

Victoria sale para abrir.

Victoria (*fuera de escena*) – Hola, hola...

Se oye ladrar a un perro.

Alberto – Vaya, además han traído a su perro...

Juan (*fuera de escena*) – ¡Milú, cállate!

Cristina (*fuera de escena*) – Te dije que lo dejaras en el coche...

Victoria (*fuera de escena*) – Pobre animal... Déjalo correr por el jardín, estará mejor.

Juan – Vamos, Milú.

Victoria regresa con Juan, en blazer y corbata, con una sonrisa de comercial, acompañado de Cristina, dinámica y atractiva.

Cristina – ¿Estás segura de que no os molesta?

Victoria – Para nada. Además, esta casa ya es casi suya...

Juan (*bromeando*) – Ah, todavía no hemos firmado la promesa de venta...

Alberto – Hola Cristina, hola Juan...

Cristina – Hola, hola...

Juan – Hola Alberto. He dejado a Milú en el jardín, ¿no hay problema?

Alberto – ¡Para nada! Tiene que visitar la casa, él también.

Cristina – Es un lujo tener un jardín tan cerca de la capital.

Juan – Seguro que para Milú será mejor.

Alberto – ¿Qué raza es?

Juan – Un fox terrier de pelo duro.

Alberto – Ah, claro... ¡Milú!

Juan – Oye, Alberto, hablando de pelos duros... ¡Podrías afeitarte cuando tienes invitados!

Alberto – Ah, sí, yo... Con la mudanza, ni siquiera he tenido tiempo de...

Juan – Estoy bromeando... (*Juan muestra un paquete y se lo tiende a Alberto.*) Toma, ¡un regalo! Por si no encuentras hojas de afeitar en el país de salvajes donde te vas a instalar...

Cristina – Algunos traen flores, él trae hojas de afeitar...

Alberto – Bueno, gracias, Juan.

Victoria – Espero que no te haya conquistado ofreciéndote una afeitadora...

Cristina (*sin parecer entender*) – Ah, sí...

Victoria – Puede ser ofensivo regalar una afeitadora a una chica...

Cristina (*riendo ruidosamente*) – ¡Ah, sí!

Alberto – Me siento un poco incómodo... No sé qué podría ofrecerte yo. (*Mira a su alrededor y toma un libro de una caja, se lo tiende a Juan.*) Toma, es mi última novela.

Juan – Gracias...

Alberto – No estás obligado a leerla, ¿eh?

Juan (*leyendo el título*) – Ni siquiera entiendo el título, oye...

Victoria juzga mejor cambiar de tema.

Victoria – Pero sentaos, por favor. ¡Haced como en casa! (*Juan y Cristina miran las cajas, preguntándose dónde podrían sentarse.*) Ah, sí, lo siento, todas las sillas ya están empaquetadas para la mudanza...

Alberto – Pero verán, las cajas son muy cómodas.

Se sientan.

Victoria – Les advierto, solo tenemos kir...

Cristina – ¿Kir?

Alberto – Es vino blanco con licor de grosella negra. Así lo llaman los Franceses.

Cristina – Es muy de moda, parece... En Francia, por lo menos...

Juan – Bueno, entonces... ¡Un kir!

Victoria – Vamos...

Ella comienza a servir.

Cristina – Solo agua para mí, gracias. He dejado de beber alcohol...

Victoria – Sírvete tú misma...

Alberto – ¿Cacahuetes?

Juan – Gracias...

Toma un puñado del bol que le ofrece Alberto, quien luego presenta el bol a Cristina.

Cristina – No, gracias... Las cacahuetes son solo grasa y sal... Intento evitarlas...

Victoria – ¿De verdad?

Cristina – Deberías tener cuidado también... ¿No has ganado un poco de peso?

Victoria – No sé...

Juan está muy ocupado consultando su mensajería en su móvil. Alberto y Victoria intercambian una mirada consternada.

Cristina – Oh, oye, esto me hace pensar en la chica que te reemplaza en el colegio...

Victoria – ¿Qué?

Cristina – No tienes idea... ¡Es enorme! Esa debe haberse comido kilos de cacahuetes...

Victoria – ¿Ah, sí?

Cristina – No sé, pero cuando uno está así, al menos trata de hacer algo de ejercicio... Pensé que no iba a pasar por la puerta de la clase...

Alberto – A veces es genético...

Cristina – Genético o no, un poco de deporte y una dieta nunca le hicieron mal a nadie...

Alberto – Totalmente... De hecho, para darles la oportunidad de hacer un poco de ejercicio, los esperábamos un poco antes...

Juan finalmente deja su móvil.

Juan – Ah, sí, lo siento por no poder ayudarte con las cajas, pero tenía mucho trabajo. Es una locura en la empresa en este momento.

Alberto – Sí, crisis o no, la gente tiene que seguir afeitándose... Incluso los desempleados. Si quieren tener alguna esperanza de encontrar trabajo...

Juan – Claro...

Momento de silencio.

Victoria – En todo caso, estamos realmente encantados de que seáis vosotros quienes compren esta casa. Estáis decididos, ¿verdad?

Cristina – Juan pensaba que era un poco grande, pero logré convencerlo. Y nunca se sabe, la familia podría crecer...

Juan, nuevamente concentrado en la pantalla de su móvil, no reacciona.

Victoria – ¿Ah, sí?

Se oye ladrar al perro.

Alberto – ¿Estáis pensando en adoptar un segundo perro?

Victoria lo fulmina con la mirada.

Victoria – En todo caso, el jardín parece gustarle a Milú.

Alberto – ¿Y a Tintín, qué le parece?

Victoria le lanza otra mirada de reproche.

Juan – ¿Eh?

Victoria – ¿Queréis verla una última vez?

Cristina – No, está bien... Conocemos esta casa de memoria. Ya sentimos que es nuestra... ¿Verdad, Juan?

Juan deja a regañadientes su móvil.

Juan – Ah, sí, esta casa está muy bien... Yo pensaba que era un poco grande, pero...

Alberto hace una señal discreta a Victoria.

Victoria – Bueno... ¿Firmamos esta promesa entonces? Así ya estará hecho...

Cristina – Vamos...

Victoria saca los papeles que ha preparado y los pone sobre la caja que sirve de mesa. Juan busca en sus bolsillos.

Juan – Ah, no tengo bolígrafo...

Cristina – Yo tampoco.

Alberto (a Victoria) – ¿Y tú?

Victoria – Tenía uno hace un momento... No sé qué hice con él... ¿No tienes uno tú?

Juan – Un escritor siempre tiene un bolígrafo, ¿no?

Alberto – Yo escribo en computadora.

Cristina – Es cierto que ahora, con todas estas pantallas... Los bolígrafos, pronto solo los veremos en los museos...

Victoria – ¿En qué caja pusiste los bolígrafos?

Alberto – No me acuerdo... No creo haber hecho una caja solo para bolígrafos... Ah, sí, debe haber uno en la caja donde están los papeles del banco. Los cheques son una de las últimas cosas que aún escribo a mano... (A Cristina) Perdón, creo que estás sentada sobre ella...

Cristina se levanta. Él abre la caja y saca un bolígrafo.

Alberto (triunfante) – ¡Aquí está!

Le tiende el bolígrafo a Juan. Juan toma el bolígrafo y finge firmar.

Juan – Ah, parece que no escribe... (Alberto y Cristina se quedan congelados.) Pero no, estoy bromeando.

Firma y pasa el bolígrafo a Cristina, quien también firma. En dos ejemplares. Alberto le entrega una copia a Juan.

Alberto – Aquí está, uno para vosotros, uno para nosotros...

Juan – Muy bien.

Victoria – Bueno... ¡Vamos a celebrarlo! ¿Os sirvo más?

Juan – ¡Vamos!

Victoria sirve las bebidas.

Victoria – A vuestra nueva vida en esta casa que ahora es suya.

Juan – A vuestra nueva vida al otro lado del Pacífico.

Cristina – Es el Atlántico.

Brindan y beben.

Juan – Aún así, Paraguay... No sé ni siquiera dónde está exactamente...

Alberto – Es Uruguay.

Juan – ¿Seguros de que no estáis metiendo la pata?

Alberto – No, en realidad, no estamos seguros en absoluto, pero bueno...

Victoria – Alberto quería cambiar de vida... Encontrar nuevas fuentes de inspiración, y yo...

Cristina – Es verdad que escribir novelas se puede hacer en cualquier parte.

Alberto – Exactamente...

Victoria – Y enseñar francés también.

Juan – A mí, la literatura se me acaba en Tintín...

Cristina – Se los ha leído todos.

Alberto – ¿Todos? Increíble...

Victoria le lanza otra mirada reprobatoria.

Juan – ¿Y de dónde te vino esa idea de escribir libros? En serio, no es algo común...

Cristina – ¿Es una tradición familiar? ¿Tu padre ya era escritor?

Juan – Espera, Cristina, escritor no es como tendero o mecánico, tampoco. No es un pequeño negocio, es gran arte. No se hereda el oficio de padre a hijo, como una carnicería...

Alberto – Mi padre era doble de cine.

Cristina – Ah, bueno... Del cine a la literatura... Algo había, de todas formas... ¿Eras muy cercano a tu padre?

Alberto – En realidad, casi no lo conocí. Siempre estaba en el extranjero para rodajes.

Cristina – No debe haber sido fácil para tu madre.

Alberto – No... Sobre todo porque la engañaba con todo lo que se movía.

Cristina – Cuando se está separado tanto tiempo, obviamente... Sobre todo en el mundo del cine, hay muchas tentaciones...

Alberto – Sí... Parece que él no sabía resistirse a la tentación... Un día se fue y no volvió... Yo era muy joven... Ni siquiera sé si todavía está vivo.

Juan – Genial... Pero ¿por qué Uruguay? ¿Ya lo conocíais, o...?

Victoria – Para nada... Pero encontré un puesto allí, en el Liceo Francés de Montevideo.

Juan – ¿Montevideo...?

Alberto – La capital de Uruguay.

Juan – Ah, sí...

Alberto – Queríamos irnos a América Latina... Así que dijimos, ¿por qué no Uruguay?

Victoria – Alberto es un apasionado de la literatura latinoamericana...

Alberto – Y además están todos los sitios de arqueología precolombina.

Victoria – Es un proyecto un poco loco... Hace tiempo que hablábamos de ello... Y de repente nos decidimos... Muy rápido... Pero si uno piensa demasiado, nunca hace nada, ¿no?

Juan – Sí...

Alberto – Claro, también hay quienes nunca piensan y tampoco hacen nada.

Victoria – Es una aventura, obviamente, pero al mismo tiempo, es lo que queríamos.

Alberto – En cualquier caso, estamos muy emocionados con la idea de irnos...

Juan – ¿Y ya tienen alojamiento allí?

Victoria – El liceo nos proporciona un apartamento mientras nos organizamos un poco.

Alberto – Luego intentaremos encontrar una casa... Parece que es muy fácil allá.

Cristina – Por casi nada, puedes tener una villa con vista al mar.

Juan – ¿Hay mar en Uruguay?

Alberto – Eso parece... O las casas son muy altas...

Victoria – ¡Tenéis que venir a visitarnos!

Alberto le lanza una mirada reprobatoria.

Cristina – ¿Por qué no? ¿Verdad, Juan?

Se oye nuevamente al perro ladrar.

Cristina – ¿Qué querrá ahora ese perro?

Juan – ¿Puedes ver qué le pasa, cariño?

Cristina – ¡Anda tú! ¡Es tu perro, después de todo!

Alberto – La has entrenado mal, Juan... Me refería a la perra, obviamente...

Juan – Es un perro.

Alberto – Sí...

Juan se levanta y sale.

Cristina – Me vuelve loca ese chucho... Yo no lo quería... Pero Juan ya lo tenía cuando nos casamos.

Victoria – Ah, las familias reconstituidas no siempre son fáciles...

Alberto – Pero llevan casados bastante tiempo, ¿no? Ese perro no parece tan viejo...

Cristina – Ah no, pero no era ese. Este es el tercero.

Alberto – ¿El tercero de la misma marca?

Victoria – Para un perro, se dice "de la misma raza", Alberto...

Cristina – Todos fox terrier de pelo duro...

Alberto – ¿Y todos se llaman Milú?

Cristina – Este es Milú número 3... Pero lo llamamos Milú, como a los otros...

Juan vuelve con un hueso en la mano.

Cristina – ¿Qué es eso?

Juan – Un hueso, aparentemente.

Cristina – ¿Y dónde lo encontraste?

Juan – ¡No fui yo quien lo encontró, fue Milú! Lo tenía en la boca cuando fui a verlo. Por eso ladraba. Quería mostrárnoslo...

Victoria – Es verdad que un hueso así, solo pasa una vez en la vida de un perro...

Alberto – Ah sí... Estoy seguro de que los dos primeros Milú nunca encontraron un hueso de ese tamaño... Bravo, Milú! Campeón del mundo...

Cristina – ¡Es increíble! ¿Y lo encontró en el jardín?

Juan – ¿Dónde más podría haberlo encontrado?

Cristina – Es enorme, para ser un hueso de cordero...

Juan – ¿Has asado un jabalí en tu jardín últimamente? ¡Nos podrías haber invitado a la barbacoa!

Victoria – Nunca hacemos barbacoa...

Momento de silencio.

Cristina – Es curioso... Este hueso se parece mucho a una tibia humana, ¿no?

Victoria – ¿Estás bromeando?

Cristina – No...

Alberto – ¿Has visto alguna vez una tibia humana? Quiero decir, sin la carne alrededor...

Cristina – Sabes, para ser profesora de educación física, tenemos algunas clases de anatomía... Hace tiempo de eso, y solía faltar a esas clases, pero sí... Se parece mucho...

Victoria – Es una locura... No, no puede ser una tibia...

Juan – Voy a buscar en Wikipedia...

Saca su móvil y comienza a teclear. Mira el hueso con aire escéptico.

Juan – Ah no, una tibia no se parece en nada a esto...

Victoria – Uf... Ya me parecía...

Juan sigue tecleando en su móvil.

Juan – En cambio, este hueso se parece muchísimo a un fémur...

Los demás lo miran consternados. Muestra la pantalla de su móvil para que vean la imagen.

Victoria – Mierda... Es verdad...

Momento de estupor.

Juan – Es increíble...

Cristina – ¿Sabíais que teníais restos humanos en vuestro jardín?

Victoria – No...

Cristina – Y pensar que acabamos de firmar la promesa...

Alberto – Espera, ¡es solo una tibia!

Juan – Un fémur, te digo.

Alberto – Y aún así, ni siquiera estamos seguros...

Juan mostrando nuevamente la pantalla de su móvil.

Juan – Ahí, creo que no hay duda.

Cristina – ¿Pero de dónde pudo haber salido este hueso?

Victoria – No sé... Quizás la casa fue construida sobre un antiguo cementerio...

Cristina – No es un argumento muy vendedor. Si lo hubiéramos sabido...

Victoria – ¿Has oído hablar de algo así, Alberto?

Alberto – ¿Un cementerio aquí? No.

Victoria – Entonces debe ser algo mucho más antiguo.

Juan – ¿Quieres decir un cementerio romano, o algo así?

Victoria – Quién sabe...

Juan – ¡Oh, mierda! ¿Te imaginas? Si encontramos el esqueleto de Tutankamón en el jardín.

Alberto – Sí, bueno... Tutankamón es más bien de Egipto...

Juan – De todas formas, los Monumentos Históricos van a venir a inspeccionar...

Cristina – Está claro.

Juan – Conozco a alguien a quien le pasó algo parecido... Vinieron con excavadoras y removieron todo el jardín...

Cristina – ¿Y cómo terminó eso?

Juan – Al final, solo encontraron unas pocas ánforas que pusieron en un museo, y les devolvieron la casa...

Alberto – ¿Estás seguro de que no leíste eso en Tintín?

Juan – Mientras tanto, no pudieron vivir en su casa durante años...

Cristina – ¿No?

Victoria – No, pero es bastante improbable que sea una necrópolis romana... Ese hueso no parece tan antiguo.

Cristina – Ah sí, ¿y cómo lo ves tú?

Victoria – ¿Sabes qué había aquí antes de que tu abuelo construyera la casa?

Alberto – Campos, probablemente. Campos que han sido labrados durante siglos. Si hubiera restos o huesos, los habríamos encontrado hace tiempo.

Cristina – Entonces es mucho más reciente...

Victoria – Tal vez sea de la guerra...

Juan – ¿La guerra? ¿Quieres decir..?

Victoria – ¿Hubo combates aquí durante la guerra?

Alberto – No que yo sepa...

Cristina – Entonces es aún más reciente...

Victoria – ¿Más reciente que la guerra? No se enterra a alguien en su jardín así como así, está prohibido. Cenizas, tal vez, pero no un cadáver.

Cristina – En ese caso, solo queda una hipótesis.

Victoria – ¿Cuál?

Cristina – Un crimen.

Alberto – ¿Un crimen?

Juan – ¿Ves alguna otra razón para enterrar a alguien en tu jardín?

Alberto – No sé... No había pensado en eso hasta hoy, fijate... Ahora, es verdad que las funerarias tienen precios tan indecentes... Quizás alguien que quiso ahorrar en el entierro de un ser querido.

Cristina – ¿Qué hacemos, llamamos a la policía?

Victoria – No nos precipitemos...

Alberto – Claro que eso podría traer complicaciones.

Juan – Bueno, pero ahora que lo sabemos...

Cristina – No podemos hacer como si no supiéramos...

Juan – Sería encubrimiento de cadáver.

Alberto – ¿De cadáver...? ¿Estás seguro de que no estás exagerando un poco? Es solo un hueso...

Cristina – No se pierde una tibia así como así...

Juan – Un fémur.

Cristina – Bueno, un fémur.

Juan – Es que el resto del esqueleto no debe estar lejos...

Cristina – No se puede comprar una casa con un cadáver enterrado en el jardín...

Alberto – Al mismo tiempo... Ya hemos firmado el compromiso...

Victoria – ¡Y nosotros estamos a punto de partir!

Juan – Quizás vosotros, pero nosotros no tenemos tanta prisa.

Victoria – ¡No podéis hacernos esto!

Alberto – ¡No tenéis derecho!

Victoria – Vosotros firmasteis el compromiso...

Cristina – Ah, sí, pero ahora... No es tan sencillo...

Juan – ¿No es un caso de fuerza mayor para romper un compromiso de venta?

Cristina – Restos humanos...

Juan – Es más grave que si no hubiéramos conseguido el crédito o algo así...

Victoria – Qué historia... No sé qué decir...

Cristina – No sé... No me veo viviendo en una casa con un cadáver en el jardín...

Juan – Tal vez varios...

Victoria – ¿Varios?

Juan – ¿Y vosotros, nunca han notado nada?

Victoria – Nunca vamos al jardín...

Alberto – Y no tenemos un perro que desentierre huesos...

Victoria – Entonces, ¿qué hacemos?

Alberto – Voy a ir a ver.

Juan – No sé si deberíamos tocar nada...

Cristina – Si es una escena de crimen...

Victoria – Tu perro, en todo caso, no se ha cortado...

Alberto – Eso, diremos que fue el perro. Voy a hacerlo. Necesitamos estar seguros.

Juan – Te acompaño.

Alberto – ¿No confías en mí? ¿Tienes miedo de que esconda las pruebas?

Juan – Solo te acompaño, eso es todo...

Alberto y Juan salen. Cristina le echa a Victoria una mirada incómoda.

Cristina – Hay que entendernos también... Preferiríamos estar tranquilos...

Victoria – No, no, pero entiendo, te lo aseguro. Es normal...

El móvil de Victoria suena. Tras dudar un momento, responde.

Victoria – Te dije que no me llamas al móvil... ¡Menos aún al fijo! ¡Te dije que no me llamas en absoluto!

Guarda el móvil, furiosa.

Cristina – ¿Era él?

Victoria – Sí... Gracias por no decirle a Alberto nada sobre mi pequeño desliz durante la fiesta de fin de año con el profesor de filosofía...

Cristina – Somos amigas, ¿no? Pero tranquilízame, ¿no es por eso que te vas, verdad?

Victoria – Digamos que es por eso que no me opuse a la partida, y que hice todo lo posible para acelerar las cosas...

Cristina – No, porque cambiar de institución era mucho más sencillo que vender la casa e irse a Uruguay, ¿no? ¿Es tan grave con ese profesor de filosofía?

Victoria – ¡Para nada! Solo fue un pequeño accidente. Estaba un poco deprimida esa noche... y bastante borracha. Pero no deja de acosarme desde entonces. Te juro que no sé cómo deshacerme de él.

Alberto vuelve.

Alberto – ¿Deshacerte de quién?

Victoria – Del... del tipo de Netflix... Te lo dije. No para de llamar.

Cristina – ¿Y Juan?

Alberto – Conseguí deshacerme de él. Lo golpeé con una pala y lo enterré en el jardín junto al otro.

Momento de estupor, interrumpido por la llegada de Juan.

Juan – No encontramos nada. El perro hizo un agujero en el macizo de dalias, pero no se ve ningún esqueleto...

Cristina – Tal vez haya que cavar más profundo.

Alberto – Podemos hacerlo el próximo fin de semana, alquilamos una excavadora y removemos el jardín...

Victoria – ¿Y si decimos que nunca encontramos ese hueso? Y mantenemos la venta...

Cristina – Mmm...

Juan – Hay que verlo...

Cristina – ¿Qué opinas, Juan?

Juan – Bueno... No sé... Pero con un descuento serio entonces...

Alberto – ¿Qué?

Victoria – ¿Un descuento?

Alberto – ¡Pero eso es chantaje!

Victoria – Y además ya habíamos fijado el precio en la promesa.

Alberto – ¡Han firmado!

Juan – Una promesa es solo un pedazo de papel... Siempre podemos firmar otra... Traje un ejemplar en blanco por si acaso...

Alberto – Ah, claro... El Señor lo había previsto todo...

Silencio pesado.

Victoria – Y ¿cuánto ofreceríais, por curiosidad?

Cristina – No sé, yo...

Juan – Creo que un descuento del 25%...

Victoria – ¡25%!

Alberto – No es comerciante por nada.

Juan – Oh, déjalo, con tus aires de grandeza. Tal vez no somos tan intelectuales como vosotros, pero no somos lo suficientemente tontos como para comprar una casa con una escena de crimen en medio del jardín...

Cristina – Es verdad que estamos hablando de un cadáver, después de todo...

Alberto – Un cadáver... ¡Es solo un hueso!

Juan – Sí, bueno... Este hueso debe pertenecer a un esqueleto, ¿no?

Cristina – Y entre nosotros, tampoco nos hiciste un precio de amigo...

Alberto – Claro... No pierde el rumbo, esa...

Momento de tensión.

Victoria – Bueno... Voy a buscar unos bocadillos, todos nos calmamos, y encontraremos una solución, ¿de acuerdo?

Juan – OK...

Victoria – Ven a ayudarme, Alberto...

Alberto – ¿No tienes miedo de que nos roben la plata, mientras estamos de espaldas? O el servicio de porcelana de mi madre...

Victoria (*con voz autoritaria*) – ¡Ven, te lo digo!

Salen.

Cristina – ¿25%? ¿No crees que estás exagerando un poco?

Juan – Siempre podemos intentarlo, ya veremos...

Cristina – A ese precio ya estábamos haciendo un buen negocio.

Juan – Sí, de hecho me parecía sospechoso. Pensaba que tu amiga te había dado ese precio de amiga porque te debía algo.

Cristina – Pero no, te lo aseguro...

Juan – Sabes que ella está con el profesor de biología, tú me dijiste que los viste besándose en el baño el día de la fiesta de fin de año...

Cristina – Es el profesor de filosofía, no el de biología.

Juan – Bueno, es lo mismo, ¿no?

Cristina – ¿Y crees que ella me haría un precio de amiga por eso?

Juan – Podrías haberla denunciado a su marido...

Cristina – No creo que ella aceptara nuestra oferta por eso.

Juan – Sí, bueno, ahora entiendo mejor por qué... En esta casa, no solo hay un amante en el armario, también hay un cadáver en el jardín...

Cristina – Aun así, 25%... No deberíamos exagerar... No vaya a ser que cambien de opinión...

Juan – ¿Crees?

Cristina – Lo mejor es enemigo de lo bueno, Juan. Si rompemos la promesa y deciden vender a otra persona...

Juan – Parecen apresurados, ¿no? Sobre todo ella...

Cristina – Una casa como esta... No encontraremos otra igual tan pronto.

Juan – ¿Qué quieres? Una negociación siempre es una partida de póker mentiroso...

Cristina – ¡Pero esta casa me importa!

Juan – ¿Incluso con un cadáver enterrado en el jardín?

Se quedan en silencio al ver llegar a Alberto y Victoria.

Victoria – Está bien, aceptamos hacerles un 10% de descuento.

Cristina – ¿10%... Juan?

Juan – Entonces admitís...

Alberto – ¿Qué? ¡Para nada!

Victoria – Es solo... un gesto comercial.

Juan – ¿Un 10%? ¿Por complicidad en un asesinato?

Victoria – ¿No creéis que estáis abusando un poco de la situación?

Cristina – Ya está... Ahora va a ser culpa nuestra.

Juan – Y, además, no estoy seguro de que vayamos a firmar en absoluto...

Cristina – Una casa que tal vez haya pertenecido a un asesino en serie...

Alberto – ¡Es una casa familiar!

Juan – Eso... Tú conoces a tu familia...

Cristina – A menos que el crimen sea mucho más reciente...

Victoria – ¿Estás acusando a mi marido de ser un asesino en serie?

Cristina – No hay humo sin fuego...

Juan – Y no hay fémur sin cadáver...

Cristina – De todas maneras, me parecía raro este apuro por irse...

Alberto – ¿Qué?

Juan – Es verdad, ¿por qué estáis tan apresurados por marcharos al extranjero?

Cristina – Y vender la casa a "amigos"... En lugar de hacerlo a través de una agencia, como todo el mundo.

Juan – Además en Uruguay. Muy lejos de España. Y fuera de la Comunidad Europea.

Alberto – ¡Eso es una locura, estamos en medio de un delirio!

Victoria – ¡Llevamos años hablando de este proyecto de mudanza!

Juan – Solo añade premeditación...

Victoria – ¡De acuerdo! Entonces, se supone que somos amigos, y cinco minutos después, porque tu perro encontró un hueso en el jardín, ¡nos acusas de ser criminales!

Juan – Sí, bueno, amigos...

Momento de extrema tensión.

Cristina – Creo que todos nos dejamos llevar un poco... Vamos a respirar hondo y calmarnos, ¿de acuerdo?

Victoria – Mmm...

Cristina – Y no hemos dicho que fuiste tú... (*A Alberto*) Dijiste que era una casa familiar. Quizás sea tu padre. Dado que él también desapareció... ¿No desapareció?

Alberto – Sí...

Cristina – Tal vez se escapó por eso... Para evitar la justicia...

Alberto – ¿Mi padre?

Cristina – ¡O tu abuelo! Tal vez mató a alguien durante la guerra y lo enterró en el jardín. ¡Quién sabe, tal vez tu abuelo es un héroe...

Alberto – Mi abuelo hizo una fortuna durante la guerra traficando en el mercado negro.

Juan – Ah, claro...

Alberto – De todas formas, todo esto es perfectamente ridículo... Y no tenemos que rendir cuentas ante vosotros... ¿Sois de la policía?

Juan – ¿Quieres que llamemos a la policía?

Cristina – Juan, por favor... Vamos a resolver esto entre nosotros, ¿no?

Alberto – No, pero es verdad. ¿Quién se cree Tintín?

Victoria – Alberto, no exageres tú tampoco...

Alberto – Y después de todo, ¿por qué no podría provenir de vuestra casa ese hueso?

Juan – ¿De nuestra casa?

Alberto – Es tu perro el que lo trajo. Tal vez lo encontró en tu jardín, lo metió en el coche y vino a enterrarlo aquí.

Victoria – Ah, es cierto... ¿Por qué no?

Juan – ¿Oyes eso, Cristina? Ahora va a ser culpa de Milú...

Alberto – ¡Entonces el asesino en serie serías tú!

Victoria – ¡Tal vez en vuestro jardín sea donde habría que excavar!

Cristina – ¡De todas maneras no tenemos jardín!

Juan – No les gustan los animales, se nota. Y los animales lo sienten cuando no los quieren.

Cristina – Por eso Milú fue a desenterrar ese hueso en su jardín... Para avisarnos...

Juan – Es cierto. Sin él nunca habríamos sabido sobre el cadáver...

Victoria – ¡No, pero veis, todo esto es absurdo! ¡Vamos, reflexionad un poco! Si Alberto hubiera matado a alguien y lo hubiera enterrado en el jardín, yo lo sabría.

Juan – Tal vez tú lo sabías...

Alberto – Pero pensándolo bien... ¿Y si Tintín hubiera traído voluntariamente ese hueso aquí?

Cristina – ¿Por qué habríamos hecho eso?

Victoria – Para obtener un descuento...

Juan – ¿Qué?

Alberto – También me pareció raro que sacara de inmediato un segundo ejemplar en blanco de la promesa de venta. Parece que lo había planeado todo, el sinvergüenza...

Juan se levanta y desafía a Alberto.

Cristina – ¡Vamos, no se van a pelear, ¿verdad?!

Victoria – Tú, la profe de aeróbic, ¡basta ya!

Cristina – ¿La profe de aeróbic?

Victoria – ¡Nos acusan de ser una pareja diabólica y no deberíamos decir nada!

Juan – ¡Y vosotros nos acusáis de ser unos estafadores!

Cristina – Y, después de todo, tal vez Alberto no sepa nada. ¿Por qué no serías tú, Victoria?

Victoria – ¿Yo?

Cristina – Tal vez matas a tus amantes y los entierras en el jardín para deshacerte de ellos cuando se vuelven demasiado problemáticos.

Alberto – ¿Qué amantes?

Juan – Es verdad. Hace tiempo que no hemos visto al profe de biología.

Alberto – Si entiendo bien, solo yo no estoy al tanto de nada.

Victoria – No es el profe de biología, ¡es el profe de filosofía! Se tomó una baja por enfermedad. ¡Está en depresión!

Alberto – ¿No les molesta demasiado que participe en la conversación?

Victoria – ¡Cristina estaba allí cuando me llamó antes! ¿Cómo podría estar su esqueleto enterrado en el macizo de dalias?

Alberto – ¿Quién llamó? Esperad, eso también me concierne...

Cristina – Solo pregúntale a tu esposa...

Alberto se dirige a Victoria.

Victoria – No, pero ella dice tonterías, lo ves claramente...

Juan – Bueno, los vamos a dejar resolver sus problemas familiares...

Cristina – Y para la casa, encontrarán otro comprador.

Juan – Yo no estaba a favor, de todos modos. Me parecía demasiado cara. Se lo había dicho a Cristina, pero ella no quería regatear con amigos...

Alberto – Pues así, ya no somos amigos, es mucho más sencillo.

Juan – Vamos, Cristina. Nos vamos...

Juan y Cristina salen. Alberto y Victoria se quedan allí, atónitos.

Alberto – Bueno... Entonces, ¿qué pasa con el profe de filosofía?

Victoria – Nada... Ella inventa cualquier cosa para vengarse, ¡no entiendes!

Alberto – Ella dice que ese tipo te llamó antes... ¿No se llamará Netflix, por casualidad, tu amante? ¿Es él quien te acosa?

Victoria – Mira, Alberto, ¿no crees que hay cosas más urgentes que una crisis de celos? ¡Si no vendemos esta casa antes de irnos a Uruguay, estamos en problemas! ¡Contábamos con ese dinero para instalarnos allá!

Alberto – Es verdad...

Victoria – ¡Y no es con las ventas fenomenales de tu último libro que podremos comprar una villa con vista al mar en Montevideo!

Alberto – Gracias por recordármelo...

Victoria – Bueno, ¡perdón!

Alberto – Pero cuando resolvamos este problema, tendremos que volver a hablar sobre Netflix.

Victoria – Bueno, mientras tanto, ¿qué haremos con la casa?

Alberto – No sé... Podemos encontrar un nuevo comprador...

Victoria – En tan poco tiempo... No va a ser fácil.

Alberto – Sí... Y esperando que esos gilipollas no nos denuncien a la policía mientras tanto...

Victoria – ¿Crees que podrían llegar a eso?

Alberto – Durante la guerra, estoy seguro de que eran el tipo de personas que denunciaban a sus vecinos comunistas para quedarse con su apartamento.

Victoria – Tal vez deberíamos adelantarnos y denunciarnos a nosotros mismos para demostrar nuestra buena fe...

Alberto – ¿Denunciarnos? ¡Pero no somos culpables!

Victoria – No, por supuesto... Quiero decir... Tal vez deberíamos avisar a la policía nosotros mismos, para demostrar que no tenemos nada que ocultar.

Alberto – No estoy seguro de que sea una buena idea...

Victoria – ¿Entonces qué hacemos?

Alberto – No lo sé...

Alberto llena dos copas.

Alberto – Vamos a tomar un trago, a ver si nos aclara las ideas...

Beben en silencio.

Victoria – ¿Y sobre el hueso, no tienes una idea?

Alberto – ¿También vas a acusarme a mí?

Victoria – No, evidentemente, pero ese fémur no llegó allí solo a pie tampoco.

Alberto – ¿Y por qué debería ser yo quien encuentre la explicación a este misterio? En ese aspecto, Cristina tiene razón. ¡También podrías ser tú!

Victoria – ¿No me ves matando a alguien y enterrándolo en el jardín?

Alberto – ¡Tú sí me ves capaz de hacerlo, ¿verdad?

Victoria – No sé... Es la casa de tu familia... Y los secretos familiares existen. ¿No me estarías escondiendo algo?

Alberto – ¡Para nada!

Victoria – Nunca has sabido mentir...

Alberto – ¿A diferencia de ti, quieres decir?

Victoria – Estoy segura de que me estás ocultando algo.

Alberto – Es curioso, yo tengo exactamente la misma impresión contigo... Pero no sobre el mismo tema...

Victoria – ¿Estás realmente seguro de que no sabes nada?

Alberto – Es cierto que ya hemos encontrado huesos en el jardín...

Victoria – ¿Qué?

Alberto – ¡Pero hay huesos por todas partes, ¿no? La vida apareció en la Tierra hace tres mil millones de años. ¡Vivimos sobre un montón de huesos!

Victoria – ¡No huesos humanos!

Alberto – No sabía que eran huesos humanos...

Victoria – ¿Pero quién podría ser?

Alberto – No lo sé...

Victoria – Después de todo, tal vez Juan tenga razón... ¿Y si fuera tu padre?

Alberto – ¿Mi padre? Si hubiera matado a alguien, la policía lo habría encontrado eventualmente, ¿no?

Victoria – No si él es la víctima.

Alberto – ¿Quién podría haber querido matar a mi padre y enterrarlo en su propio jardín?

Victoria – Tu madre.

Alberto – ¿Mi madre?

Victoria – Una mujer siempre tiene una buena razón para querer matar a su marido...

Alberto – Y viceversa...

Victoria – Me dijiste que había desaparecido poco después de tu nacimiento. Tal vez tu madre lo mató en su última visita y lo enterró aquí...

Alberto – ¿Por qué habría hecho eso?

Victoria – Tú mismo dices que él la engañaba con cualquiera.

Alberto – Afortunadamente, la infidelidad no necesariamente conduce al crimen...

Victoria – ¿Y los huesos que encontraste, no te hicieron reflexionar?

Alberto – No lo sé... Pensé que eran huesos de vaca.

Victoria – ¿Vacas en las afueras de la capital?

Alberto – En tiempos de mi abuelo, aún había granjas por aquí.

Victoria – ¡Y piensas que fuiste a un psicoanalista dos veces por semana durante más de diez años! Y mientras tanto, no se te ocurrió que con todos los huesos que encontrabas en tu jardín, podrías haber reconstruido el rompecabezas de tu padre desaparecido... Francamente, si yo fuera tú, pediría un reembolso.

Alberto – Sí, bueno, voy a hacer eso...

Victoria – ¿No te das cuenta? ¡A 50 euros la sesión! ¡Ni siquiera habríamos tenido que vender la casa para irnos a Uruguay!

Alberto – ¡Si no hubiéramos vendido la casa, nunca nos habríamos ido!

Victoria – Además, no está vendida aún...

Alberto – ¿Y crees que es tan fácil considerar que tu madre pudo haber matado a tu padre y enterrarlo en el macizo de dalias?

Victoria (*mirando hacia el jardín*) – En todo caso, los dalias parecen haberles beneficiado... (*Se vuelven a sentar, abatidos.*) ¿Cuál es la cosa más grande que hayas matado en tu vida?

Alberto – No sé, no soy cazador. Una araña...

Victoria – ¿Una araña?

Alberto – No, pero una grande...

Victoria – Hablaba al menos de un mamífero... Los insectos no cuentan...

Alberto – No sé... Ah, sí, es verdad... Creo que una vez atropellé un erizo que cruzaba la carretera.

Victoria – ¿No te detuviste?

Alberto – ¡Un erizo! No es como un gato o... Es un animal salvaje.

Victoria – Espero al menos que muriera al instante.

Alberto – Fue un homicidio involuntario... Y además era un erizo pequeño... ¿Me imaginas llegando a un veterinario con un erizo medio aplastado?

Victoria – Pobre erizo...

Alberto – Era en la autopista. ¡Podría haberme matado al atropellar ese erizo! Un neumático que revienta a esa velocidad, imagínate. No perdona. ¡Y tú solo piensas en el erizo!

Victoria – Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Alberto – Un veterinario, eso me da una idea. ¿Y si vamos a mostrar el hueso a Pedro?

Victoria – ¿Pedro?

Alberto – ¡El librero de al lado!

Victoria – ¿Por qué un librero sabría más sobre huesos que nosotros? Se especializa en libros de religión y mitología. Si fuera un hueso de unicornio, aún...

Alberto – Antes de ser librero, era veterinario.

Victoria – ¿De verdad? No lo sabía. Qué idea tan extraña...

Alberto – Bueno, no es el problema. Él podrá decirnos con certeza si es un hueso de vaca o no.

Victoria – Al mismo tiempo... Estamos en la ciudad, solo debía tratar gatos o perros... Quizás algún loro, de vez en cuando...

Alberto – Hizo estudios, después de todo. Deben enseñarles a reconocer un fémur humano y un fémur de vaca.

Victoria – ¿Crees?

Alberto – Hay que estar seguros. No vamos a vender la casa sin saber... Imagina que los nuevos propietarios descubren más restos al cavar en el jardín para hacer una piscina...

Victoria – Tienes razón... Y además, tu madre está muerta, si es ella quien mató a tu padre, no corre ningún riesgo...

Alberto – Sí, bueno, preferiría que no fuera así... No queda bien, ¿no?

Victoria – De todas formas, nos vamos a Uruguay... Así que los vecinos...

Alberto – Sí... Y después de todo, incluso si el librero confirma que es un hueso humano... Siempre podremos mantener el secreto para nosotros...

Victoria – A menos que tu veterinario nos denuncie a la policía...

Alberto – Ellos están sujetos al secreto médico, ¿no?

Victoria – No en caso de asesinato... Además, son los médicos quienes están sujetos al secreto médico, no los veterinarios. Y ahora es librero...

Alberto – Es muy católico...

Victoria – En ese caso, siempre podemos contar con el secreto de la confesión...

Alberto – Mejor le enviaré una foto con mi móvil, será menos comprometedor... (*Mira alrededor*) Por cierto, ¿dónde está ese hueso?

Victoria – Estaba allí hace un momento...

Alberto – Tal vez esos canallas lo hayan llevado como prueba...

Suena el timbre de entrada.

Victoria – Ahí está... Vienen a buscarnos...

Alberto – ¿La policía...?

Victoria – De todas formas, es demasiado tarde para huir. ¿Adónde quieres que vayamos?

Alberto – ¿A Uruguay? (*Ella lo mira con una expresión perpleja*) Está bien, voy a ver...

Él sale y vuelve un momento después con Juan y Cristina, que lucen un aire avergonzado.

Cristina – Creo que os debemos una disculpa...

Juan – Es cierto que quizás nos hemos dejado llevar un poco.

Victoria – Todos estamos nerviosos, es normal. Con nuestra partida. La venta de esta casa...

Juan – Creo que las palabras han superado un poco nuestro pensamiento.

Cristina – No vamos a enojarnos por esto, sería una pena...

Alberto permanece cautelosamente en silencio. Juan lo mira y le extiende la mano. Alberto acepta el apretón.

Juan – No queremos causaros complicaciones.

Cristina – Y además, nos importa esta casa...

Juan – Nos ceñiremos a lo que dice esta promesa de venta, ¿de acuerdo?

Alberto – Entonces, ¿es por eso que habéis vuelto?

Juan – Sí...

Cristina – Y además hemos venido a devolverles esto.

Ella saca el hueso de su bolso.

Cristina – Lo encontramos en el coche...

Juan – Seguramente fue el perro el que lo llevó sin que nos diéramos cuenta...

Cristina – Como veis... Los huesos pueden viajar lejos con un perro.

Juan – Es cierto... Después de todo, no sabemos de dónde viene este hueso... Puede venir de cualquier parte...

Alberto – Sí, eso es exactamente lo que decía antes... De repente os veo muy conciliadores... ¿Qué os hizo cambiar de opinión?

Victoria – ¿Hay algo más?

Juan y Cristina se intercambian una mirada incómoda.

Juan – Milú había mordido un poco el hueso, así que miré de cerca el lugar donde había hecho una marca con sus dientes...

Victoria – ¿Y?

Cristina – En realidad... Es un hueso de plástico.

Victoria – ¿Perdón?

Juan – Es un fémur humano, pero es un fémur de plástico.

Alberto – ¿Están seguros?

Juan – Puse mi encendedor debajo para verificar, y no hay duda. Es plástico. (*Le ofrece el hueso*) Tómalo, aún se siente el olor.

Victoria pone su nariz sobre el hueso.

Victoria – Ah, sí, ya veo. Se siente claramente el plástico. (*A Alberto*) ¿Quieres olerlo?

Alberto – No, gracias...

Victoria – ¿Un hueso de plástico? ¿Pero qué significa eso?

Cristina – ¿Alguien que quiso haceros una broma?

Alberto – No lo sé...

Juan – Tal vez venga de esos esqueletos que solían usarse en las escuelas para enseñar anatomía a los niños...

Cristina – Pero, ¿por qué enterrar un esqueleto de plástico en el jardín?

Victoria – ¿Había una escuela en la zona antes?

Alberto – Mi abuelo era maestro...

Juan – ¡Pues ya está!

Alberto – Ahora que lo pienso, cuando era niño solía ver ese esqueleto en casa. Lo llamábamos Martín...

Victoria – Ves... Al final, tu psicoanálisis ha dado algunos resultados... ¿No podrías haberlo recordado antes? Nos habría ahorrado este pequeño malentendido...

Alberto – Me viene a la mente solo ahora. No había hecho la conexión. Y además, no estaba completamente seguro de que fuera un recuerdo real. Lo hablaba a menudo con mi psicólogo... Pero pensaba que Martín era un amigo imaginario...

Cristina – ¿Un esqueleto?

Alberto – No siempre se elige a los amigos... Ni siquiera a los amigos imaginarios...

Juan – Pero, ¿por qué heredó tu abuelo ese esqueleto si era el de la escuela?

Alberto – Tal vez se lo regalaron como recuerdo al jubilarse.

Cristina – Sí...

Juan – Eso no explica por qué lo enterró en el jardín...

Victoria – Para deshacerse de él, quizás

Alberto – O para hacernos una broma... Mi abuelo era muy bromista...

Juan – Pensaba que era un facha.

Alberto – Eso no impide tener sentido del humor...

Momento de perplejidad.

Cristina – ¿Y qué pasó con el resto?

Alberto – ¿El resto?

Cristina – ¡El resto del esqueleto de plástico!

Alberto – Eso...

Juan – Si lo encontramos, te lo guardaremos.

Victoria – Así al menos podrás recuperar a un amigo.

Alberto – Bueno, lo principal es que no es realmente un hueso.

Victoria – Sin huesos, no hay cadáver. Y sin cadáver, no hay crimen.

Cristina – Sí, todo está bien si termina bien...

Alivio general, mezclado con cierta incomodidad.

Victoria – Entonces, ¿nos ceñimos a esta promesa de venta?

Juan – Una promesa es una promesa.

Cristina – Y además, seguimos siendo amigos, ¿no?

Silencio algo incómodo.

Victoria – ¿Un último trago para celebrar esto?

Juan – Creo que no sería muy razonable...

Cristina – Vamos a irnos. Hemos tenido suficientes emociones por hoy.

Juan – Entonces, ¿hasta pronto para la firma definitiva?

Alberto – Hemos dado poder a nuestro notario. Nos vamos a Uruguay la semana que viene...

Cristina – Bueno... Entonces buen viaje...

Juan – ¿Nos veremos como dijimos?

Alberto – Eso es...

Juan y Cristina se van en un ambiente glacial.

Victoria – Os acompaño...

Se oyen ladridos. Victoria regresa.

Victoria – Uf...

Alberto – Sí... Pensé que nunca nos libraríamos de ellos...

Victoria – Y de esta casa.

Alberto – No puedo más...

Se sientan sobre una caja, exhaustos.

Victoria – Es increíble, esta historia del esqueleto de plástico...

Alberto – Sí... Increíble, es la palabra...

Victoria – No sabía que tu abuelo era maestro...

Alberto – Mi abuelo era charcutero.

Victoria – ¿Qué?

Alberto – Compró esta casa con el dinero que ganó durante la guerra vendiendo salchichas en el mercado negro.

Victoria – ¿Pero por qué les dijiste que...?

Alberto – Tenía que inventar algo. ¿Queremos vender esta casa o no?

Victoria – Pero no entiendo... ¡El hueso es claramente de plástico, mira!

Alberto – Sí. Mi padre tenía un fémur de plástico.

Victoria queda un momento atónita.

Victoria – ¿Era una especie de cyborg o...?

Alberto – Te dije que era doble de riesgo... Después de un grave accidente, le pusieron un fémur de plástico...

Victoria – ¿Entonces crees que...?

Alberto – No lo sé... Tal vez mi madre echó cal sobre el cadáver para hacerlo desaparecer y solo el fémur de plástico quedó...

Victoria – ¿Pero por qué habría hecho eso?

Alberto – Por sus numerosas infidelidades, imagino... ¿Sabes que hay personas muy celosas que están dispuestas a matar cuando descubren que han sido engañadas?

Victoria – ¿Entonces crees que es eso? ¿Es el fémur de tu padre?

Alberto – Después de varias peripecias, mi madre le hizo hacer su última acrobacia...

Contemplan el hueso, pensativos.

Victoria – Tienes razón, es mejor olvidar todo esto...

Alberto (*agitando el hueso*) – Al menos, ahora tendré un recuerdo de papá...

Victoria – La víctima y su asesino están muertos.

Alberto – Y ya ha prescrito hace mucho tiempo.

Victoria – No siempre es bueno escarbar en el pasado... Desenterrar los cadáveres... Hay que saber perdonar... Olvidar... ¡Hay que seguir adelante!

Alberto – Mmm...

Victoria – De todos modos, bravo por esa historia del maestro y las clases de anatomía... No eres novelista por nada. Y ese esqueleto que se llamaba Martín... ¿De dónde sacas todo eso?

Alberto – Quizá no sea el fémur de plástico de mi padre...

Victoria – ¿Pero entonces de dónde vendría este hueso?

El móvil de Victoria suena.

Alberto – ¿No vas a responder?

Victoria – No...

Alberto – ¿Netflix, otra vez?

Victoria – Sí...

Alberto – ¿Y a dónde llegaste con este? ¿Tenías una suscripción? ¿O era bajo demanda?

Victoria – Fue solo un desliz de una noche, te lo juro.

Alberto – ¿Por qué no me lo dijiste? Nos habíamos prometido decirnos todo, si algo así le pasaba a uno de los dos. Todo antes que mentirnos.

Victoria – Sí, pero el momento no era el adecuado.

Alberto – No sé si hay un buen momento para admitir este tipo de cosas. Pero, ¿por qué?

Victoria – Porque tenía otra noticia que darte.

Alberto – ¿Me dejas?

Victoria – Estoy embarazada...

Alberto – ¿De quién?

Victoria – Bueno... Por eso decía que el momento no era el adecuado... Quería evitar escuchar esa pregunta...

Alberto – Aún así, es un poco legítima, ¿no?

Victoria – No hay ninguna posibilidad de que alguien más que tú sea el padre, te lo juro sobre la cabeza de este niño que llevo.

Alberto – Esa cabeza debe ser aún muy pequeña... ¿Y cómo puedes estar tan segura?

Victoria – Porque no llegué tan lejos con... Netflix. ¡Te lo juro!

Alberto – OK... Pero no me digas que apresuraste nuestra partida a Uruguay para alejarte de la escena del crimen, ¿verdad?

Victoria – No... Aunque también hay un poco de eso...

Alberto – Si decidimos irnos, es porque no teníamos nada que nos retuviera aquí. Tal vez con un niño, habríamos decidido quedarnos...

Victoria – También por eso no te dije nada antes de la firma... Para que no nos impidiera empezar una nueva vida. No quiero que este niño represente un abandono... Quiero que sea un nuevo comienzo.

Alberto – Entonces nuestro hijo nacerá en Uruguay... ¿No te da miedo?

Victoria – También hay hospitales en Uruguay. Muchos niños nacen allí todos los días... Contigo a mi lado, no tengo miedo...

Alberto – Dado mis antecedentes familiares... ¿No tienes miedo de terminar en el fondo de un jardín en un macizo de dalias?

Victoria – Confío en ti... Sé que no tienes la mano verde...

Alberto – Entonces, ¿me has engañado o no me has engañado?

Victoria – Técnicamente no, te aseguro...

Alberto – ¿Técnicamente? No sé si eso me tranquiliza. ¿Dónde empieza para ti el engaño?

Victoria – Ven, te voy a mostrar dónde empieza engañar a tu marido... Antes de que esté tan grande como una vaca...

Ella lo abraza y lo arrastra hacia los bastidores.

Alberto – Perdóname, pero... Te recuerdo que ya no tenemos cama.

Victoria – Perfecto... Así... Parecerá aún más una infidelidad...

Salen.

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Agosto de 2024

ISBN 978-2-38602-239-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.